

Nuestros reyes.-Dios nos los de cortos de inteligencia y hasta imbéciles antes que "bastante listos".

"La Lucha", Barcelona, /2 julio./ 1918

«Bastante listo»; así dice de Fernando VII don Angel Salcedo y Ruiz en su resumen crítico de «Historia de España». ¡Bastante listo? Esto es lo peor. Los listos, y mucho más los bastantes listos, carecen de la necesaria y suficiente inteligencia para su oficio. La listeza es enemiga de la intelectualidad y la inteligencia. Y un rey, como era, aunque indigno, Fernando VII, debe representar ante todo la inteligencia, tenga o no él. «No hay ya monarquía allí donde el rey y la intelectualidad—inteligencia—del Estado no son ya idénticas.» ¡Quién dice esto? Esto lo dijo uno de los germanos más germánicos, Federico de Hardenberg — o Friedrich von Hardenberg, si queréis, — conocido por Novalis, el romántico a quien no conocen nuestros trogloditas, y lo dijo en un muy sugestivo ensayo titulado «Fe y Amor o del rey y la reina», que esperamos a que lo traduzca del alemán algún germanófilo que lo sepa—«¡rara avis!»— y que sea a la vez ferviente monárquico y no del kaiser.

En un párrafo de su resumen crítico, párrafo a que llama «Retrato y juicio crítico de Fernando VII», el señor don Angel Salcedo y Ruiz nos dice de su retratado que era cobarde y que era suspicaz y que trataba con doblez a las gentes «según que se veía en poder de ellas o dominándolas», y nos habla de su «maestría para engañar con las apariencias de la más franca cordialidad.» «Fernando VII—nos dice don Angel—acariciaba a los que aborrecía, daba un buen cigarro habano y decía unas cuantas chirigotas al ministro que ya tenía depuesto y hasta condenado a destierro o prisión.» Y añade a esto el crítico historiador: «Y es lástima, re-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

petimos, porque cualidades excelentes había en él. Era en primer lugar un hombre listo, de viva comprensión que contrasta, no ya con la imbecilidad de su padre, sino con la cortedad de entendimiento de su abuelo Carlos III y la todavía mayor de su tío Fernando VI.»

«Listo, y a la vez suspicaz, cobarde y falso? Listo, sí; puede ser bastante listo, pero inteligente no! La suspicacia, la cobardía y la doblez no se compaginan con la verdadera inteligencia.

Las chirigotas de Fernando VII no provenían de inteligencia, aunque brotasen de listeza. La «coletilla» que añadió por su cuenta al discurso de la Corona de 1821, y que determinó la caída del Gabinete, fue obra de listeza, pero no de inteligencia regia. El hombre que pudo leer sin turbarse la enorme tomitría de «marchemos francamente y yo el primero por la senda constitucional» era digno soberano de aquellos sus súbditos, los mentecatos de la Universidad de Cervera, que le decían: «Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir.» Tampoco él, Fernando, el de los mordaces dicharachos, discurría mucho. A lo sumo, tenía listeza para recitar la lección. ¡Y que no apareciese que le habían enseñado, no!

«Mi tío el doctor» llamaba Fernando VII por chunga al imbécil infante don Antonio Pascual y luego le hizo doctor la Universidad de Al-



calá. Y de seguro que él, Fernando, no consentía que le diesen lecciones. El consejo ha de venirles a los soberanos o de ciencia infusa o de canal secreto; no es correcto rectificarles cuando se equivocan.

Como era «bastante listo», según nos dice el señor Salcedo y Ruiz, cuidó mucho Fernando VII de no aparecer nunca guiado y absorbido por ningún favorito. Tenía presente al espíritu el temeroso ejemplo de Manuel, de aquel Godoy que deshonoró la imbecilidad de su padre, Carlos IV, el cazador de ciervos y ciervo de cazadores él. No, Fernando VII no tuvo ningún Godoy, no sabemos si para bien o para mal de España. El duque de Alagón, «su indispensable Alagón»—que así se decía—, no pasó de ser un acompañante de trapicheos, acaso un becero o celestino de su majestad. Fernando VII no tuvo validos y se burló de todos. Por miedo a llegar a hacerse juguete de alguno, hizo a todos sus juguetes, pero quedó preso de ellos, de sus juguetes. Y, en realidad de verdad jugaron con él liberales y serviles, enciclopedistas y apostólicos. Y es porque no quiso ser de todos, o mejor, del pueblo, sino que sólo quiso ser de sí mismo.

Su concepción del «despotismo ilustrado»—si es que alguna tenía—era una concepción absolutista, por moderado que el absolutismo fuere y antidemocrática, antipopular. En el fondo de ella latía la absurda especie de que nadie estaba más capacitado que él, siquiera por su posición—él pensaría, de seguro, que hasta por su listeza—, para llegar a conocer lo que necesitaba su pueblo: «mi pueblo». Pero no como decimos cada uno de nosotros «mi pueblo» a aquel en que nacimos y nos criamos.



«Se puede afirmar en redondo — dice el señor Salcedo y Ruiz — que Fernando VII tuvo siempre un sincero y vivo deseo de cumplir sus deberes de rey, y que se aplicó constantemente a cumplirlos. Ahora que el concepto que tenía él de estos deberes era muy distinto del que tenían los liberales y aun difería del que profesaban muchos realistas. ¡Claro está! Como que el concepto que de la monarquía tenía el hijo mayor de Carlos IV era el de una monarquía patriarcal. Y su patriarcalidad era la listeza. Y su listeza se redujo a suspicacia. Que es lo que fué ante todo y sobre todo aquel hombre nefasto: suspicaz. Por temor a que le engañasen engañaba él a todo el mundo, y así, engañando a los otros se engañó a sí mismo. Y no se hizo nada firme en su reinado. Mil veces mejor el pobre de su abuelo Carlos III, con su corto entendimiento, que como no se sentía listo se entregó a hombres inteligentes, sin que éstos le hicieran sombra.

¡Dios nos dé reyes cortos de inteligencia, y hasta imbéciles, como Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, antes que «bastante listos» como Fernando VII, eso no! ¡Nada de bastante listos! De no ser inteligentes, sean mentecatos.

MIGUEL DE UNAMUNO

